

# ENCUÉNTROME EN BOMBAY

Jenny Ashcroft

Traducción: Carmen Bordeu



## UNA CARTA DE ALGUIEN, PARA ALGUIEN

Esta noche no recuerdo qué año es. No consigo recordar cuánto tiempo llevo aquí (por más que lo intente) en esta residencia para adultos mayores que en realidad es un hospital, un lugar para los ancianos, los enfermos, los olvidados... y los olvidadizos. Pedí a una enfermera, una joven con pecas y voz tranquila, que me lo recordara pero no quiso hacerlo. Dijo que me angustiaría y que no debía preocuparme, que el tiempo no era importante. Sin embargo, para mí sí lo es, estoy seguro de que llevo demasiado tiempo en este lugar. Tengo la horrible sensación de que he estado aquí muchos años.

Sé que me convertí en un paciente en 1915, eso sí lo recuerdo, y que anoté la fecha en el cuaderno que me dieron en ese entonces: un diario con tapas de cuero que me entregó el doctor Arnold en mi primera sesión para que apuntara todo lo que mi frágil memoria no pudiera retener. “Cualquier cosa que le venga a la mente”, explicó Arnold. Y a pesar de lo mucho que he olvidado, sus palabras todavía resuenan en mi mente; hasta puedo oír su voz ahora, imaginar la chimenea encendida en el despacho y sentir el calor, como si todavía estuviera sentado frente al fuego con la piel erizada debajo de mi uniforme azul de paciente. “Piense en su pasado como

en un rompecabezas que tiene que armar”, agregó. “No puede faltar ninguna pieza”. Hace mucho que no veo a Arnold. No recuerdo cuándo ni por qué dejamos de vernos. Quizás renunció a mi rompecabezas.

Algo que yo nunca podría permitirme.

Hoy, después del té de la mañana, me quedé dormido de repente. Siempre es así, nunca me resisto. Mis sueños son lo único que me queda de ese otro mundo, un mundo al que estoy seguro de que alguna vez pertenecí. Todo allí era calor, luz, color y mucha vida. Había una fiesta a orillas de un mar, nada que ver con las reuniones aburridas que organizamos aquí, nada de sándwiches miserables, zumos en polvo aguados y galletas húmedas. El lugar estaba atiborrado de ruido y de gente, y sonaba la música de una banda de *ragtime*.

Una figura (una mujer con un vestido de seda) estaba de espaldas a mí en la oscuridad; sus dedos enguantados tocaban una silla.

Eras tú, estoy seguro de que eras tú.

El cielo pareció explotar sobre nosotros. Te vi alzar la vista y observé el arco de tu cuello; esperé a que te giraras, a que me vieras. Algo, ¿un recuerdo?, me decía que lo harías.

Los vítores llenaron la noche junto con los primeros acordes de una canción que no logro identificar y seguí esperando.

Bajaste la cabeza despacio. Giraste la barbilla sobre tu hombro desnudo y tu pómulo comenzó a asomar.

Contuve la respiración. Incluso dormido en la silla, no respiré.

Cuando me desperté, como siempre me despierto antes de que me permitas vislumbrar tu rostro, había lágrimas en mis mejillas.

No recuerdo cómo eres y, sin embargo, sé que si te

viera te reconocería al instante. Estoy seguro de que eres hermosa y quiero pensar que fuimos felices juntos alguna vez. Intento creer que nuestra historia fue maravillosa. Pero yo estoy aquí, viejo y solo, tú no estás y no puedo entender cómo pudo pasar.

Lo único que necesito es volver contigo, pero cada día que pasa me parece más difícil porque aunque te sueñe con tanta frecuencia y espere con tanta paciencia a que mi mente quebrada evoque una primera pista que pueda llevarme de regreso a ti —una inicial, el nombre de un lugar, un pequeño detalle—, eso nunca ocurre. No sé de dónde eres ni quién eres para mí, ni siquiera si estás viva. Hago un esfuerzo enorme por recordar cada hora de cada día, pero a veces ni siquiera logro recordar que se supone que debo recordar tu nombre.

Y después de tantos tantos años, sigo sin tener ni idea de dónde he estado, de qué fue lo que me alejó de ti y de cómo llegué a ese hospital en 1915.

O de quién demonios soy.

# CAPÍTULO UNO

Bombay, 31 de diciembre de 1913

A MADDY SIEMPRE LE HABÍA PARECIDO MUY CURIOSO QUE la vida pudiera trastocarse tanto en cuestión de segundos, sin indicio ni aviso de que se avecinaba un cambio. En particular después de aquella víspera de Año Nuevo de 1913, solía detenerse a reflexionar con desconcierto sobre las horas previas a la medianoche en las que, absorta en el frenesí de la fiesta en el Club Náutico Real, no había sospechado ni por un momento lo que estaba a punto de ocurrir. Esa noche, mientras el reloj se acercaba a 1914 y la banda de *ragtime* tocaba una nueva ronda de canciones, llenando el caluroso salón de baile del club, iluminado por velas, con música de Scott Joplin y de parejas que hacían vibrar la pista —una multitud de vestidos de lentejuelas y trajes de noche que se deslizaban por el piso de madera con pasos rápidos y sudorosos—, ella solo pensaba en el calor y la música.

No tenía ni la menor idea de todo lo que estaba a punto de sucederle.

Se detuvo al borde de la pista. Después de bailar las últimas cinco canciones, se alegraba de poder ser, por un momento, una simple espectadora, recuperar el aliento y sentir el alivio fresco de su *gin-tonic* helado presionado contra su

mejilla. Hizo girar el vaso sobre su piel caliente y sus ojos recorrieron la opulencia que la rodeaba. Era una fiesta fastuosa incluso para los estándares de Bombay, y ella, recién llegada del mundo tibio y acogedor de sus tíos en Oxfordshire, tenía que recordarse a sí misma una y otra vez que no se había infiltrado en un escenario de teatro sino que ahora pertenecía de verdad a esa tierra exótica y húmeda. Mesas vestidas de blanco bordeaban la pista de baile, cubiertas con bandejas de empanadas de curri, naan y frutas exóticas. Recipientes de ponche y enfriadores de champán se disputaban el espacio sobre la barra de madera larga. Faroles de colores sobre las mesas y en las paredes bañaban la sala revestida de madera con una luz tamizada; el aroma a cera se mezclaba con el olor a perfume y pomada para el cabello, y las puertas entreabiertas de la veranda dejaban entrar un calor sofocante. No había árbol de Navidad —al parecer no se conseguían en la India—, pero en su lugar un arreglo de ramas de mango y plátano decoradas con adornos navideños se balanceaba precariamente junto a la gran entrada del salón. Era una estructura bastante extraña, por cierto diferente de cualquier abeto que Maddy hubiera visto jamás y, lejos de avivar el ambiente navideño lograba mitigarlo, igual que los sombreros de papel reblandecidos por la humedad que Richard, el padre de Maddy, había insistido en que todos usaran el día de Navidad. Había resultado incongruente estar almorzando pavo en la veranda sofocante de la residencia mientras los pavos reales se paseaban a su alrededor.

Richard llevaba ahora otro sombrero. Era imposible no reírse al verlo al otro lado del salón —el jefe del servicio civil de Bombay, el arquetipo del funcionario colonial con su corbata blanca impecable— con una corona morada de lunares inclinada con desenfado sobre su cabello canoso. Estaba tratando de convencer a Alice, la madre de Maddy,

de que bailara con él. Alice, que a diferencia de las demás personas en el salón seguía luciendo tan fresca como un pepino de Pimm's, con sus rizos rubios impecables y sin una pizca de brillo en su piel de porcelana, levantó las manos enguantadas negándose. Maddy se preguntó si habría alguna parte de ella, por más pequeña que fuera, que se sintiera tentada de hacer lo contrario, de decir: "Sí. Sí, por favor. ¿Por qué no?". Maddy deseaba que lo hiciera. Sería muy agradable verla soltarse por una vez, tomar el brazo de Richard y lanzarse a la pista con el mismo abandono feliz que todos los demás.

Pero Richard ya se había dado la vuelta y se alejaba con arrugas de resignación en su rostro curtido. Maddy sintió una punzada de lástima y luego otra cuando vio que él levantó la barbilla y se dirigió hacia la barra. ¿Tanto le costaba a Alice bailar con él? Maddy tiró del cuello húmedo de su vestido y no intentó responder a su propia pregunta. Pese a que ya llevaba dos meses en la India, viviendo de nuevo con sus padres después de más de una década en Inglaterra (había vuelto a su país a estudiar, como casi todos los niños del Raj, pero también para escapar de las fiebres tropicales a las que había sido tan propensa de niña. "No parabas de enfermarte", le había contado su padre con tristeza muchas veces. "Era aterrador..."), a menudo sentía que seguía entendiendo tan poco a su madre, tan fría y contenida, como aquel día asfixiante de octubre en que había llegado al puerto de Bombay y se había reencontrado con ella.

—No pongas esa cara tan seria —sonó una voz a su izquierda sobresaltándola—. Es Año Nuevo.

Maddy se giró y se topó con la mirada de reproche fingido de su amiga Della Wilson. Las dos habían viajado juntas desde Tilbury, en la misma fila de camarotes que el resto de mujeres solteras que se dirigían a reunirse con sus familias en la India; en el caso de Della para quedarse con

su hermano mayor, Peter. Se habían hecho amigas durante los irresistibles té en el barco, incómodas por la suposición de los demás pasajeros de que todas formaban parte de una “flota de pesca” rumbo a la India para encontrar marido. “Que, por supuesto, es exactamente lo que mi madre espera que haga”, había comentado Della mientras masticaba un *éclair* de chocolate. “Por eso me dejó venir. Tampoco es que me disguste”. Había tragado saliva. “Pero preferiría mucho más ir a cazar tigres”.

—¿Dónde estabas? —le preguntó Maddy ahora—. No te he visto en toda la noche.

—Acabo de llegar —respondió Della—. Puedes culpar a Peter por eso, si es que decide venir.

—¿Dónde está?

—Solo Dios sabe. Había quedado en encontrarse antes con un amigo en el hotel Taj Mahal, pero se suponía que iba a volver a casa a recogerme. Me imagino que se perdieron en el bar del hotel. —Se abanicó la cara sonrojada—. Me dio miedo no llegar para la medianoche, así que al final tomé un *rickshaw*. No se lo cuentes a Peter, no le gusta que viaje sola en *rickshaw*.

Maddy, que solía oír a Peter lamentarse de lo sencilla que había sido su vida antes de que su incontrolable hermana irrumpiera en ella, se rio y soltó:

—Pobre Peter.

—Pobre Peter nada —replicó Della—. Dios —agregó y resopló—, esto es un horno. ¿Vamos fuera? Podemos fumar nos un cigarrillo rápido antes de que llegue Peter. Tampoco le gusta que fume.

Maddy decidió que le vendría bien uno, sobre todo sin el gesto de desaprobación de su madre, y asintió con la cabeza.

—¿Con quién has estado bailando? —preguntó Della mientras se abrían paso a través del salón abarrotado.

—Los de siempre —respondió Maddy y nombró a un

par de capitanes del ejército, un oficial de la marina con un bronceado perpetuo y un puñado de funcionarios que, como Peter, trabajaban para su padre en las oficinas de Bombay.

—¿Y Guy Bowen? —aventuró Della con falsa ingenuidad y señaló a un hombre que se encontraba sumido en una conversación con otros cirujanos del hospital militar.

Maddy hizo un gesto de exasperación.

—¿Quieres parar con eso? Es amigo de mis padres.

—Y también *tu* amigo. Te visita a menudo.

Maddy empujó la puerta de la veranda.

—Podría ser mi padre.

—No lo creo —retrucó Della—. No puede tener más de cuarenta y tú tienes casi veintitrés.

—Estoy bastante segura de que me hacía rebotar en sus rodillas cuando yo era pequeña —replicó Maddy.

—¿En serio? —dijo Della, de una forma que hizo que ambas estallaran en carcajadas.

Continuaron la conversación en la noche sofocante y húmeda. La banda seguía tocando cuando salieron a la terraza frente al mar y el reloj en el salón detrás de ellas dio las once: la última hora de 1913.

Fuera todo estaba más quieto, el aire denso amortiguaba la música y las voces de todos los que daban vueltas y holgazaneaban en las mesas a la sombra. Las antorchas crepitaban e iluminaban el camino de Maddy y Della hacia el malecón, aunque en realidad no las necesitaban. No era la primera vez que se escapaban juntas a fumar un cigarrillo. Al poco de llegar, durante una fiesta, habían descubierto el lugar escondido en las escaleras que llevaban al mar y lo habían estado utilizando desde entonces para escapar de las miradas vigilantes de sus familiares y las *memsahibs* chismosas, tal como solían escabullirse a las cubiertas de los botes salvavidas del barco de la P&O durante el viaje.

Maddy abrió su bolso de mano mientras caminaban en la oscuridad para buscar los cigarrillos que le conseguía el criado personal de sus padres. (“Lo hago por una pequeña gratificación, ¿le parece?”, había insinuado con expresión esperanzada la primera vez que ella se lo había pedido. “Por supuesto”, había accedido ella y le había entregado las rupias. “Por supuesto. Y también por mi cordura”). Seguía rebuscando entre el peine, las cerillas y la polvera cuando Della la tomó de la mano y chilló:

—Date prisa, ahí viene Peter.

Casi sin pensarlo, Maddy se giró en la dirección del grandioso hotel Taj y se le cayeron las cerillas. Se inclinó para recogerlas sin apartar la vista de Peter que se acercaba. Era fácil de distinguir, incluso en el oscuro paseo marítimo, con su figura delgada y su andar despreocupado. No las había visto. Estaba hablando con el hombre que lo acompañaba. Maddy supuso que era el amigo con quien se había encontrado en el Taj. Se quedó mirando, observando la silueta del desconocido bajo las palmeras. Era más alto que Peter y más corpulento. Por un instante se preguntó quién sería, pero no lo pensó mucho. No tenía tiempo; Della le hizo señas para que la siguiera.

Dejó las cerillas y siguió a su amiga deprisa. Se recogió la falda de seda para trepar por el malecón y bajó las escaleras húmedas para sentarse junto a una Della sin aliento en el escalón de siempre.

La quietud era mayor allí, debajo de la terraza. El agua chocaba contra el muro de piedra y los niños locales chapoteaban y jugaban, a pesar de la hora tardía, en el mar Arábigo, entrando y saliendo de los botes pesqueros cercanos. Una brisa suave soplaba desde la ciudad; cargada de polen, polvo y olor a desagües traía el calor de cientos de miles de personas. Maddy la sintió sobre su espalda desnuda y pegajosa y sobre la parte superior de sus brazos, y dejó que

sus hombros se relajaran para disfrutar de la calma después de la intensidad deslumbrante del festejo arriba. Se llevó un cigarrillo a los labios, se inclinó para que Della le diera fuego e inhaló. Cerró los ojos ante una sensación de mareo repentino.

—Me pregunto qué estarán haciendo todos en la vieja y gris Inglaterra —deslizó Della, en un tono que dejaba claro lo mucho que disfrutaba de la idea de que, fuera lo que fuera, no se parecía en nada a eso.

—¿De verdad no lo extrañas? —preguntó Maddy—. ¿Ni siquiera un poco?

—Ni una pizca —aseguró Della. Miró a su amiga de reojo con una chispa burlona en sus ojos redondos—. Deberías intentar no extrañarlo tanto, te sentirías mejor.

—Claro, para ti es fácil decirlo —contestó Maddy, porque lo era. Della tenía la posibilidad de regresar cuando quisiera para visitar a su familia y amigos.

—Tenías tantas ganas de venir —recordó Della— cuando estábamos en el barco.

—Lo sé —dijo Maddy—, lo sé. —Pero durante el viaje había pensado que su estancia en la India serían solo unas vacaciones y estaba entusiasmada. Había terminado la universidad y todo le parecía una gran aventura que debía disfrutar antes de aceptar el puesto de profesora que le habían ofrecido y estaba desesperada por volver a ver a su padre. A diferencia de su madre, él la había visitado cada dos años en Oxford donde ella se había alojado con su tía Edie, la hermana de él. Maddy solía tachar los días que faltaban para el próximo viaje de su padre cuando era más joven y planificar itinerarios detallados para pícnicos, salidas al teatro y esas cosas. La idea de pasar una larga temporada con él le había parecido un verdadero privilegio. Incluso se había permitido esperar... algo... de su madre: una relación más allá de las cartas forzadas con matasellos extranjeros, tal vez. Sin

embargo, en algún momento entre la partida del transatlántico de la P&O de Port Said y su llegada a los muelles caóticos de Bombay, las cosas se habían complicado bastante para la tía Edie y el tío Fitz en Oxford, y Maddy ya no tenía un hogar al que volver en Inglaterra, ni un trabajo gracias al tío Fitz, ni medios para establecerse por su cuenta. Solo una madre que era menos y menos comunicativa cada vez que ella sacaba el tema de si ella y Richard podrían ayudarla a hacerlo.

—Con el tiempo se te hará más fácil —le aseguró Della.

Maddy exhaló humo y las estrellas se difuminaron en la neblina.

—Sí —respondió—, claro que sí. —No era tan difícil de creer, no en una noche como esa, lejos de sus días silenciosos con Alice en la casa y con la música que sonaba arriba y los niños que reían abajo. —Como sea —añadió—, sé de buena fuente que lleva por lo menos un año adaptarse a un lugar.

—¿Quién te dijo eso?

—Mi padre.

—Excelente —exclamó Della—. Peter estaría de acuerdo.

Maddy sonrió. Luego, con intención de cambiar de tema, preguntó:

—¿Qué tal pasaste la Navidad?

—Genial. —Della se explayó sobre el viaje que había hecho: una excursión por los canales de Kerala con muchas puestas de sol, visitas a pueblos ribereños y pescado fresco cocinado a las brasas cada noche. Por supuesto, había convencido a Peter de que no dijera ni una palabra de eso a sus padres. Sonaba genial.

—Qué suerte la tuya —se lamentó Maddy—. Los cócteles en el Club Gymkhana fueron lo más aventurero que hicimos nosotros en Navidad, aunque el cocinero de casa preparó pavo al curri para la cena.

—Qué típico —comentó Della.

—Para ser honesta —confesó Maddy, dando golpecitos a su cigarrillo—, creo que fue más para disimular el sabor de la carne que otra cosa. —Nadie había sabido cuánto tiempo había estado esperando el pobre pavo, desplumado y listo en el mercado. Todos se habían descompuesto después. (“No hay mal que por bien no venga”, había comentado Richard al día siguiente mientras comía galletas saladas secas con una tónica. “Cada vez que como un curri del cocinero me descompongo y vuelvo a mi peso ideal”. “Por favor, Richard, ¿es necesario?”, lo había regañado Alice).

—¿Viste mucho a Guy? —preguntó Della.

Maddy gimió.

—No empieces con eso otra vez.

—Anda, cuéntame —la instó Della.

—Es como mi tío, Della.

—Un tío muy atento.

Maddy no respondió y confió en que la mirada que le lanzó a Della fuera suficiente para disuadirla.

Por supuesto no lo fue.

—Me gusta bastante la idea de un hombre mayor, ¿sabes? —continuó—. Y Guy cumple muy bien los requisitos. Es casi de otro planeta si me preguntas.

—Nadie te está preguntando.

—Y además cirujano. Piensa en lo que puede hacer con sus...

Maddy le dio una patada.

—¡Ay! —Della rio y se llevó la mano a la espinilla—. De acuerdo, no diré nada más.

—Gracias a Dios. —Maddy tiró el cigarrillo al mar y alzó la vista hacia el club desde donde fluía la música de la banda de *ragtime*—. ¿Volvemos?

—Sí, deberíamos —accedió Della—. Empiezo a preocuparme por que al final Peter haya ido a casa a buscarme.

Peter no había ido a buscarla. (“Qué desgraciado”, susurró Della). Seguía fuera, bebiendo en una de las mesas redondas con su grupo habitual. Maddy reconocía a casi todos ellos de las noches y los fines de semana que pasaba en los distintos clubes de la ciudad; el mundo social de Bombay era tan reducido como intenso. Había bailado con la mayoría de ellos esa noche. Solo había uno allí que no conocía: el amigo de Peter. Estaba sentado un poco retirado de la mesa, con el rostro oculto por el resplandor de los faroles parpadeantes. No llevaba traje de etiqueta a diferencia de los demás hombres, sino pantalones, camisa y una chaqueta de lino. Eso hizo que Maddy lo mirara dos veces y se volviera a preguntar quién era.

Él se giró como si intuyera su curiosidad. Ella se sonrojó sintiéndose descubierta y centró su atención en Peter, que se puso de pie cuando ella y Della se acercaron.

—Della Wilson —declaró Peter—. No quiero saber que estabas fumando ahí abajo.

—No... —comenzó Della.

—No, insisto en que no quiero saberlo. Así no tendré que volver a mentir cuando nuestra madre envíe un telegrama para preguntar cómo te estás portando. —Dirigió una mirada desesperada a Maddy—. En mi vida he dicho tantas mentiras.

Maddy se rio, un poco cohibida; tenía la firme impresión de que el hombre de la chaqueta de lino no le había quitado los ojos de encima, quizás preguntándose por qué ella lo había mirado.

—Iba a decir —increpó Della—, que no puedo creer que me hayas abandonado en casa.

—Sabía que estarías bien.

—Podría estar ahí todavía. Podría haberme perdido toda la fiesta.

—Y sin embargo —contestó Peter— aquí estás. Maddy,

ven aquí. —Se inclinó para besarle la mejilla, aún sonrojada—. Estás muy acalorada —agregó.

—Estoy bien.

—Necesitas champán —afirmó él y se volvió hacia la mesa para buscar una botella—. ¿Algún propósito para el Año Nuevo? —preguntó.

—Aún no lo he pensado —contestó Maddy.

—No es cierto —replicó Della—. Vas a intentar no sentir nostalgia.

—Igual no sirven de nada. —Peter entregó una copa rebusante a cada una.

Maddy tuvo que preguntar:

—¿Por qué no?

—Porque nunca se cumplen —explicó él.

—Es un pensamiento un poco negativo —le recriminó ella y, por el rabillo del ojo, advirtió que el desconocido giraba la cabeza. Todavía estaba demasiado apartado para que pudiera verlo bien; más que ver su sonrisa la sintió.

—Pues es la verdad —insistió Peter—. Nunca se cumplen, en serio.

—Bueno —convino Maddy, con un ojo en su amigo (¿había sonreído?)—, ya que en realidad no es mi propósito, quizá sí se cumpla.

—Eso sí que es un disparate —soltó Della.

—Estoy de acuerdo —dijo Peter—. Sin embargo —añadió y levantó su copa—, como es Año Nuevo, olvidemos lo que ha dicho Maddy y bebamos. Oh, miren —exclamó, distraído por un par de camareros indios que circulaban por la terraza con bandejas de kebabs—, comida. Ya vuelvo. Portaos bien.

Y se alejó.

Della declaró que tenía ganas de ir a ver cómo estaban las cosas dentro mientras Peter se alejaba. Algunos en la mesa protestaron (“Quédate, tómate otra copa de champán.

No nos dejes aquí solos”), pero Della no cedió y Maddy, al no encontrar ninguna razón para no hacerlo, se sumó.

—Cómo les gusta rompernos el corazón, ¿verdad? —les gritó un oficial mientras se marchaban.

Confiada en que ningún corazón corría peligro, Maddy no sintió ni una pizca de culpa. Y no fue a ese oficial a quien se sorprendió mirando por encima del hombro mientras cruzaban la terraza oscura, calurosa y húmeda, sino al desconocido de la chaqueta de lino. No sabía por qué lo hizo y deseó no haberlo hecho, porque, al igual que antes, él se volvió con el rostro como una sombra sobre el blanco de su ropa, y eso hizo que apartara la mirada demasiado rápido y se sintiera tonta otra vez.

—¿Quién era ese? —preguntó a Della a pesar de que sentía vergüenza.

—¿Quién era quién?

—Ese hombre —precisó Maddy—. El que vino con Peter del Taj.

—No sé —respondió Della y miró por encima del hombro—. ¿Por qué? ¿Estaba ahí?

—Sí —contestó Maddy y, luego, antes de que él se diera cuenta de que Della lo estaba buscando con la mirada, añadió—: no importa.

Por supuesto que no importaba.

—Típico de Peter no presentarlo —comentó Della.

—Supongo —concluyó Maddy y, cuando volvieron a entrar en el salón de baile bullicioso con sus luces, la música y las risas, descartó al desconocido de su mente otra vez.

La pista de baile estaba, si era posible, todavía más llena y más calurosa que antes. Della desapareció en ella en cuestión de segundos del brazo de un sargento mayor y Maddy, al ver a su padre con su corona de lunares en la barra —recordando lo abatido que había estado un momento antes—, caminó hacia él y lo arrastró a la pista pegajosa, tal como

él había intentado arrastrar a su madre antes, asegurándole que de ninguna manera la haría pasar vergüenza.

—Aunque podríamos prescindir del sombrero...

No era un bailarín muy hábil y no se le podía calificar de elegante, pero lo que le faltaba en habilidad lo compensaba con entusiasmo y se lanzaron a describir una sucesión de giros sobre la pista. Mientras esquivaban a otras parejas y por poco chocan contra el árbol de Navidad de plátano y mango (“La próxima lo intentaremos con más ganas”, prometió él), Maddy rio ante el rostro sonriente de su padre y casi logró no reparar en su madre, que los observaba con expresión indescifrable desde el borde de la pista. Aunque estaba muerta de calor, no dudó cuando su padre le pidió que bailaran de nuevo.

A partir de entonces no abandonó la pista. Los hombres en la fiesta superaban en número a las mujeres en una proporción de dos a uno (como siempre ocurría en la India) y apenas terminaba una canción, alguien más se acercaba para pedirle que hiciera un acto de caridad y le concediera una pieza. Bailó con el secretario de Richard (“¿Te arriesgarás, Maddy?”), luego con más miembros de su personal y con el capitán de la marina bronceado otra vez. La tarjeta de Della estaba igual de llena y Maddy dejó de intentar llevar la cuenta de todos sus acompañantes. La banda seguía tocando y cada vez más gente se acercaba desde la terraza, llenando la sala iluminada hasta que pareció que no quedaba espacio para nadie más, ni aire agobiante para respirar. La piel de Maddy brillaba de sudor; su cabello, libre de horquillas, caía en ondas húmedas sobre su cuello, tan caótico, estaba segura, como se habrían vuelto los rizos castaños de Della.

Justo antes de la medianoche, se retiró por fin de la pista. Se llevó una mano al costado al sentir un pinchazo en la cintura y creyó que moriría si no descansaba un poco antes

de arriesgarse con alguien otra vez. Como Della seguía recorriendo la pista con alegría, no perdió el tiempo en decirle dónde iba y se dirigió fuera.

En la terraza reinaba un silencio delicioso, ya no quedaba nadie en las mesas. Algunos de los faroles se habían apagado, por lo que estaba aún más oscuro que antes. Con la música a sus espaldas, Maddy se encaminó hacia el mar y se apoyó contra el muro, sintiendo la presión de la piedra a través de la falda. Sonrió al ver que los niños seguían jugando abajo. En la distancia se mecían cientos de botes más en las aguas tranquilas; las olas arrastraban las voces de sus ocupantes y el aroma de la comida asándose sobre las brasas. Respiró hondo, absorbiendo cada detalle. Se preguntó si tendría tiempo para fumar un cigarrillo, decidió que sí y luego maldijo al recordar que se le habían caído las cerillas.

Volvió al lugar donde las había dejado, se puso en cuclillas sobre los adoquines y deslizó las manos por las piedras negras. Al no encontrar nada, se arrodilló y se inclinó para ver mejor. Pero no, no estaban allí.

—Qué raro —musitó y cuando su voz quebró la noche y resonó en el silencio, se dio cuenta de que la música dentro se había detenido.

Se volvió hacia las puertas iluminadas del club y las siluetas del gentío en el interior. Todos parecían estar mirando el reloj. Casi podía sentir la presión de los cuerpos, la expectación sudorosa y, aunque se sentía tentada de quedarse fuera, se dijo a sí misma que sería demasiado triste recibir el Año Nuevo sola y que le convenía darse prisa si no quería que se le pasara la medianoche. Echó un último vistazo inútil al suelo y, con un suspiro de exasperación, se incorporó y volvió a cruzar la terraza en penumbra.

Nunca podría explicar más tarde qué la hizo detenerse en seco, dar un paso al costado y pasar junto a la mesa en la que había estado Peter. Ni por qué extendió la mano y

tocó el respaldo de la silla en la que había estado sentado su amigo, el desconocido, y lo recordó de nuevo con intensidad.

Pero cuando sus dedos se cerraron alrededor de la madera dio un respingo, sobresaltada por un estallido de explosiones: mar adentro, a lo largo de la playa cercana, en la ciudad a sus espaldas. Levantó la vista y observó a su alrededor, con los ojos fijos en los fuegos artificiales que llenaban el aire de humo y el cielo de destellos de colores.

“Oh, Dios mío”, pensó, “es medianoche”, y se echó a reír. Porque no le parecía triste estar fuera sola, para nada. Era demasiado bonito.

Desde el interior del club llegaron vítores seguidos de inmediato por los primeros acordes de *Auld Lang Syne*. Pero no se apresuró a unirse a la fiesta, no fue a ninguna parte. Los fuegos artificiales seguían estallando: su propio espectáculo privado.

¿Ya había reparado en él? ¿Fue por eso que se quedó allí?

En las semanas siguientes se lo preguntaría con frecuencia.

No lo sabía. No estaba segura de cuándo advirtió la silueta en el paseo marítimo, a unos cien metros de distancia, con el rostro girado en su dirección, las manos en los bolsillos y la chaqueta de lino agitándose en la brisa.

Los fuegos artificiales continuaban iluminando el cielo con sus estallidos, pero Maddy sintió que su atención se desplazaba hacia él. Bajó la vista despacio e inclinó la barbilla sobre su hombro desnudo.

Sus miradas se encontraron a través de la oscuridad y, esta vez, supo que él sonreía.

Él levantó la mano y la saludó.

Sin pensarlo, ella levantó la suya.

Fue solo un instante.

Pero, después de eso, nada volvió a ser igual.